

# Vota Alianza Popular: 40 años de experiencia

**R**ESPETUOSOS, atentos, circunspectos, humildes, modestos y disciplinados, los delegados al I Congreso de Reforma Democrática, celebrado en Madrid el día 29 de diciembre de 1976, merecieron de su conductor o jefe máximo, Fraga Iribarne, un diez en conducta. Ni una sombra, ni una tímida disonancia, ni una sola salida de tono, empañarían a lo largo de las doce horas que duró el Congreso el brillante monolito erigido por la más compacta unanimidad que puedan recordar los más jóvenes de la localidad. Se hubiera dicho una sesión de las Cortes de "los buenos tiempos".

Fraga había concluido su discurso de apertura diciendo: "Que vuestros trabajos correspondan a mis esperanzas". Acatada la orden por los congresistas, las esperanzas de Fraga se vieron colmadas y aún rebasadas. Todo fue sobre ruedas y sobre vaselina. Los congresistas escucharon a su jefe máximo con las orejas de rodillas. Los pocos que entre ellos pudieron usar el micrófono utilizaron en todo momento las cejas de Fraga como brújula, en muda solicitud de aquiescencia, como quien dice: ¿voy bien, jefe? La atención suscitada por sus cejas no fue obstáculo, sin embargo, para que el jefe

máximo se entregara en muchos momentos, sin el menor recato, a la fruitiva pero desconsiderada actividad de hurgarse las narices en distraída pero cuidadosa elaboración de pelotillas, inducido a ello tal vez por ese espíritu de simetría que lleva por los freudianos meandros del subconsciente a traducir a realidad el simbolismo ambiente. El Congreso dijo sí y amén a todo

cuanto había que decir sí y amén. El Congreso proclamó por unanimidad a Fraga como su jefe máximo. Y delegó además en él la digitación del Comité Ejecutivo nacional en pleno.

Si me he permitido molestar la atención del Congreso sobre este punto del Senado, cuestión de la que el profesor Fraga sabe mucho más que yo, es porque...

Esta intervención del señor Alvarez de Toledo, uno de los pocos que se acercaron al micrófono, (pues las enmiendas o **sugerencias** se presentaban por escrito) es una muestra del estilo del Congreso. Pero la mejor ilustración del tono y del talento del Congreso la procuró también el citado congresista, con esta frase, que reproduzco literalmente:

"Pero yo me someto en todo a lo que diga el profesor Fraga".

La frase suscitó un conato de ovación, abrió un pasillo de miradas hacia el rostro del jefe máximo y encendió algunas sonrisas de conejo en el casi desierto banquillo de la Prensa.

El semblante olímpico de Fraga no se inmutó ante tan merecido testimonio de homenaje y pleitesía.

## Miguel Salabert

La satisfacción debía ir por dentro. El Congreso iba bien. El Congreso iba correspondiendo puntualmente a sus "esperanzas".

¡Ah!, si el pueblo fuera tan dúctil, tan comprensivo, como esa asamblea. Fraga debía estar embargado de nostalgia.

## El "terrorista", el izquierdoso y otros momentos estelares

Las sucesivas ponencias sobre los "programas" político, económico y social, los estatutos, las finanzas, etc., fueron avanzando de unanimidad en unanimidad, en un verdadero paseo triunfal, sin más oposición que la relativa a cuestiones de terminología o de detalle.

Cierto es que los ampulosamente denominados programas político, económico y social de Reforma Democrática están tejidos con tal trama de generalidades y de lugares comunes que difícilmente pueden suscitar otras denuncias concretas, dentro de la opción conservadora en que se sitúan, que las de su falta de concreción y de especificidad. Y algo de esto salió a la luz en alguna que otra confesión involuntaria. Como, por ejemplo, en uno de los pocos momentos divertidos del Congreso. Aquel en que se levantó un "terrorista" o alguien que se había equivocado de congreso con una bomba colgada de la boca: la petición de que en el programa se incluyera la frase "se fomentará la socialización del suelo urbano". Este alto momento del Congreso había sido precedido de una apasionante discusión sobre si convenía decir "se erradicará la especulación del suelo" o "se eliminará", o "se evitará". El autor de la ponencia había criticado todas estas **enmiendas** diciendo que podían ser calificadas de "voluntaristas", pues —añadió con un humor involuntario— "una cosa es decirlo y otra hacerlo". Y "habría que definir, además, lo que es especulación del suelo y lo que no lo es, en una situación inflacionista como la que



La clausura del Congreso: ¡Rompan filas, ar!

## I Congreso de Reforma Democrática

estamos atravesando". Tales argumentos acabaron con la audacia del "terrorista", a quien el jefe máximo no dio tiempo ni ocasión para retirar su bomba, al resolver tajantemente la cuestión diciendo que "la mayor socialización de las plusvalías" a que se refiere el Libro Blanco de R. D. no significa la socialización del suelo, sino un instrumento fiscal. El ponente, señor López Jiménez, afirmó, con una lógica no exenta, una vez más, de humor involuntario, que "la inclusión en nuestro programa de la socialización del suelo no es coherente con el resto del programa". Pero la última palabra fue la de Fraga con una conclusión digna del famoso personaje de Jarry, Ubu rey, que dice así: "Se evitará la especulación del suelo por medio de la creación del suelo urbano".

Nadie entendió tamaña paradoja, pero como todo lo que dijera Fraga iba a misa, a misa mayor, así quedó en el "programa".

Otro momento estelar del Congreso fue la revelación de una "extrema izquierda" en el seno del partido. Como uno de los representantes de Valencia se hubiera levantado para pedir que el Congreso rindiera homenaje al empresario español por su contribución al desarrollo, y que así constara programáticamente, el "izquierdoso" hizo su espectacular aparición diciendo: "Este es un partido de convivencia y no de clase. Por eso yo veo mal que se hable de contentar a los trabajadores y no de recoger sus aspiraciones. Así que, yo propongo que si se rinde homenaje a los empresarios se haga también con los trabajadores".

¡Se acepta!, gritó el ponente de Reforma Social.

Otro congresista propuso que se incluyera en el programa la promoción de guarderías infantiles.

¡Se acepta!, volvió a gritar el citado ponente.

El representante de Cádiz propuso y obtuvo que se retirara la enmienda que pedía un período de amnistía fiscal, pues, dijo, "podría interpretarse mal que cuando por ahí se están haciendo peticiones de amnistía nosotros no la citemos y nos refiramos únicamente a la amnistía fiscal".

En efecto, podría interpretarse mal, es decir, correctamente, comentó por lo bajini un periodista, en el casi desierto banquillo de la Prensa canalesca.

Yo pido un Ministerio de Agricultura y de Alimentación, pues mientras no estén en una sola mano la producción y la importación

de alimentos, la agricultura será un desastre.

Fraga asintió y dijo al ponente: "está muy bien, de acuerdo".

Y el ponente tradujo por el micrófono: "Se acepta".

Pues los ponentes, tras consultar consigo mismos o, más frecuentemente, con las cejas de Fraga, comunicaban sin más dilación ni ceremonia la aceptación o el rechazo de las enmiendas o **sugerencias** de los delegados.

Como alguien reclamara preguntando qué es lo que había pasado con su enmienda sobre el aborto, el ponente de turno dijo, y se quedó tan tranquilo, lo siguiente: "No hemos condenado el aborto por la misma razón que no nos ha parecido necesario condenar el asesinato".

Tan sólo en muy contadas ocasiones se procedió a la votación por tarjetas a mano alzada. Y cuando se hizo, únicamente la cuestión del divorcio mereció que se contaran los votos y las abstenciones.



La "larga marcha (sic) hacia la Reforma" y el futuro, de un Fraga embargado de nostalgia de los buenos tiempos.

La dilatada experiencia política de los congresistas no incluía la del ejercicio del voto. Por ello, y no habiendo seguido previamente un cursillo de democracia, por correspondencia, los congresistas aceptaron estos singulares métodos sin oponer **enmienda** o **sugerencia** alguna al respecto. Allí, lo que dijera Fraga o sus ponentes, que para eso es el futuro dispensador de cargos y prebendas, si es que el electorado corresponde también a las esperanzas de Fraga.

Así fue el Congreso; a imagen y semejanza de Fraga.

### Licinio coge el pasado por los cuernos

"En Alianza Popular, como en Fuentevieja, vamos todos a una", dijo Laureano López Rodó, tras saludar a "mi querido amigo Manolo Fraga", en su alocución al Congreso.

Fuentevieja también sería citada por Fraga, en esa embriaguez populista a que se han entregado los siete chantres franquistas re-

presentantes de esta alianza bancaria (mil millones de pesetas por ahora de subvención bancaria, a título de anticipo para ganar las elecciones) mal llamada Alianza Popular.

Pero de los siete infantes de Franco, dos de ellos no comparecieron a la cita en "Fuentevieja". Fernández de la Mora no es presentable, al parecer, ni ante Reforma Democrática, y Thomas de Carranza, tras liarse a bofetadas con los suyos de ANEPA, se ha quedado más solo que la una... en Fuentevieja.

Los otros cinco sí hablaron. Martínez Esteruelas lo hizo brevísimamente para dar "testimonio de la unidad de Alianza Popular frente a los que la ultrajan y la ponen en duda". Para que hablara Silva Muñoz, hubo que hacer callar de la forma más abrupta y desairada a Joaquín Navascués. A una señal de Fraga, vehiculada por Rafael Pérez Escolar, el ponente cortó brusca y sumisamente su lectura —sabido es que Fraga no usa guantes blancos y que a sus sufragáneos les va

al honor de haberlo sido (ovación y gritos de ¡muy bien!) y que a lo mejor haber servido a Franco constituye a la hora de votar un principio de credibilidad por lo que puede tener de honestidad" (sic, y nueva ovación). "No debemos renegar de nada (¿se va viendo el complejo de culpabilidad franquista que les aqueja?), pues hacerlo no es sólo una injusticia sino también una ofensa al pueblo que hasta ahora ha sostenido al Régimen". Licinio terminó diciendo que "en lo social" la AP llegará tan lejos como el que más.

El discurso de Licinio rejuveneció visiblemente las arterias de una asamblea tan frondosamente cargada de años como de nostalgia.

### Ante el tribunal de la memoria popular

El discurso de Licinio parecía postular implícitamente el "slogan" electoral que debería utilizar Alianza Popular como el más ajustado a la realidad: "Vota Alianza Popular: cuarenta años de experiencia".

No menos franquista que Licinio, pero sí menos franco, Fraga invoca un pasado más breve: el de su "larga marcha (sic) hacia la Reforma". Fraga no reniega tampoco del pasado, no reniega de haber sido siempre "un demócrata". "Soy un demócrata de los que han hecho cosas, no de los que han hablado de democracia", dijo el día 8 de noviembre pasado. Y lo dijo precisamente en Oviedo. Fraga está convencido de que la memoria política es corta, y la de los jóvenes aún más. (Pero en Asturias aún se recuerda a los mineros brutalmente torturados en 1963 y la justificación "humorística" y odiosa dada por Fraga al hecho de que se rapara la cabeza a las mujeres de los mineros que se habían manifestado contra esas abominaciones, y la respuesta dada por Fraga a los 102 intelectuales españoles que protestaron, y la expulsión de José Bergamín, y...).

Por eso, cuando en su discurso de apertura del Congreso dijo: "hemos de recorrer en meses el camino que otros han transitado en años, e incluso en décadas", uno lo tradujo automáticamente así: hemos de hacernos en pocos meses demócratas de toda la vida.

"Desde los años sesenta —dijo también ante el Congreso— quedó claro para muchos españoles que era necesario superar la guerra civil". Así lo dijo el hombre que formaba parte del Gobierno que dio el "enterado" a la ejecución —(en 1963)— de la última víctima de la guerra civil: Julián Grimau. ¿Le persigue a Fraga el espectro de Grimau?

Y es que cada palabra que pronuncia el demócrata Fraga abre el túnel del tiempo, pone en acción la máquina del tiempo. Y este túnel y esa máquina le sitúan ante el tribunal de la memoria popular. ■ M. S.